

co ; pero su virtud sostuvo este golpe con aquella perfecta resignación que la llevaba por encima de todos los acontecimientos para sujetarla enteramente á Dios. Aunque no pudo negar algunas lágrimas á la ternura maternal, sostuvo su aflicción en el silencio ; y si al principio dió alguna señal de dolor, entrando bien pronto en los sentimientos que se elevaban sobre la carne y la sangre, sólo manifestó disgusto por habérselo llevado la muerte cuando todavía estaba en su condición secular, mientras que ella hubiera deseado que antes de salir del mundo, hubiese, á su ejemplo, abrazado una vida enteramente separada del siglo.

Después de este viaje del Africa volvió á Roma, y habiendo confirmado de nuevo á su familia en el temor de Dios, les persuadió á todos que vendieran cuanto tenían, como ella hizo también de aquello que le quedaba, y los hizo salir de Roma para conducirlos á Sicilia. Muy pronto se vió que era el espíritu de Dios quien le había inspirado esta resolución ; pues el mismo año los Godos bajo el mando de su rey Alarico, sitiaron á Roma, la tomaron, la saquearon, la devastaron. « Así, dice Paladio, haciéndolos salir de Roma, los sacó del medio de la tempestad para conducirlos á un puerto y pasar lo restante de su vida en descanso y seguridad. Entonces aquellos que habían dado fé á sus palabras y á sus instrucciones dieron gracias á Dios.

Después que hubo conducido su familia á Sicilia, Melania volvió á Jerusalén, donde distribuyó entre los pobres el dinero de las tierras que había vendido. Cuarenta días después de su llegada murió ; dejando, dice Paladio, una reputación que la grandeza de sus limosnas hizo preciosa y venerada.

---

SANTA MELANIA LA JOVEN, ALBINA SU MADRE,  
Y PINIANO SU MARIDO <sup>1</sup>.

Estos tres santos personajes bien merecen un elogio á parte, y particularmente santa Melania la Joven, pues san Agustin los llama una fuente abundante de consolaciones en medio de los males extremos que entonces se sufrían ; de luces resplandecientes que Dios hacía lucir en medio de las tinieblas de una nación corrompida, que se levantaban tanto, cuanto estas bajaban, y brillaban tanto más cuanto estas mismas deprimían su esplendor. Añade que esto que Dios había hecho en ellos por su gracia era tan grande, que casi nadie osaba decirlo, temiendo no ser creído ; y por fin los llama almas santas, personas que le son queridas, lumbreras de la Iglesia, y santos cuyo corazón está lleno de caridad.

Hemos visto en el capítulo precedente que Publicola, hijo de Melania la Abuela, se había casado con Albina, hija de Albino y hermana de Volusiano, quien fué Prefecto de Roma y cuya familia era una de las más ilustres del imperio. De este matrimonio nació Melania la Joven, que se llamó así de su abuela. Nació el año 382 lo más tarde. En su infancia la formaron en una tierna piedad, presentándole con frecuencia el ejemplo de su abuela por las relaciones que le hacían de sus virtudes ; y quedó en ello tan imbuida, que concibió el propósito de imitarla consagrándose del todo á Jesucristo. Este piadoso deseo se arraigó tanto en su alma, que en cierto modo fué necesario acudir á la violen-

<sup>1</sup> San Paulino, San Agustin, *Vitæ Patrum*, Surio Tillemont.



cia para casarla con Piniano, hijo de Severo prefecto de Italia y de Africa, y de una raza consular. Él no tenía más que diez y siete años, y ella sólo catorce. Sin embargo aumentándose en su corazón el amor á la castidad, aún después de su matrimonio, instó á su marido que le permitiera vivir en continencia, á lo que le prometió acceder cuando hubiesen tenido un hijo. Primero tuvieron una hija, la que así que hubo nacido Melania la consagró á Dios para servirle en calidad de virgen; y renovó su demanda á Piniano, pero no quiso consentir á ella. Resolvió, pues, aguardar con paciencia que Dios, que es el único dueño de los corazones, lo hiciera condescender á sus deseos, y llevar mientras tanto una vida austera y retirada en cuanto su estado se lo permitiera. Ella no dejó de hacer sus preces particulares para esto, y el día de la fiesta de san Lorenzo renovó su fervor para obtener de Dios el cumplimiento de sus votos. Su oración fué por fin oída, y Dios teniendo piedad de Piniano, dice Paladio, se sirvió del peligro de muerte en que se halló Melania en su segundo parto, para moverlo é inspirarle el deseo de no servir más que á él solo.

Los dolores del parto la sorprendieron luégo después de su oración á san Lorenzo, y enseguida se encontró tan mala, que Piniano casi muerto de dolor, corrió á la iglesia para pedir al Señor que se dignase salvarle la vida. Melania aprovechó esta ocasión favorable para mandarle á decir que si quería prometer hacer lo que tantas veces ella le había pedido, confiaba que Dios la curaria. Lo prometió, y desde este momento ella empezó á encontrarse mejor.

El niño de que estaba embarazada murió luégo después de haber nacido: recibió no obstante el santo bautismo; y la hija que había tenido antes que él le sobrevivió poco tiempo. Esto confirmó á Piniano en la voluntad de secundar á su esposa, y desde este tiempo de común acuerdo se propusieron vivir, no según las máximas del mundo, sino

según las del Evangelio. Este cambio de Piniano sucedió en el mes de agosto del año 401, siete años después de ser casados, cuando él contaba veinticuatro años y Melania veinte. De momento nada cambiaron en su exterior, y el corazón de Piniano todavía tenía alguna afección á las pompas del siglo, hasta que Melania lo retiró poquito á poco de estos sentimientos demasiado terrestres.

Mientras tanto Melania la Abuela habiendo sabido su resolución, emprendió, como hemos dicho, aunque de edad de sesenta años, el viaje de Roma. Fueron hasta Nápoles á recibirla con gran cortejo, desde donde la condujeron á Nolas á casa de san Paulino, y enseguida á Roma. Aquí fué donde Melania la Abuela los fortificó aún más en sus piadosos propósitos. Ella les hizo determinarse á vender sus bienes, á dejar á Roma, y á buscar en la soledad como en un puerto, la tranquilidad del corazón lejos de los oleajes del siglo. Se penetraron enteramente de sus sentimientos, y se impusieron el deber de seguirlos. Albina, madre de santa Melania, persuadida también por las exhortaciones de su Abuela, se juntó á ellos en este designio, y estos tres personajes sólo se separaron por la muerte.

Nuestra Santa hallándose por las piadosas disposiciones de su marido en completa libertad para seguir los movimientos de su piedad, dejó todos los ornamentos y atavíos, distribuyó á las iglesias sus hábitos de seda para que sirvieran de adorno á los altares, ó para otros usos, y se revistió de las libreas del Evangelio, que son la simplicidad y la pobreza voluntaria.

Empezó á mortificar su cuerpo con tanto rigor, que al principio pasaba cuatro días y aún más sin comer; pero después se reguló comiendo una vez cada dos días. Añadió á estas santas prácticas las obras de misericordia, visitando con su marido los pobres y los encarcelados, pagando por aquellos que estaban detenidos á causa de sus deudas,



dando caritativamente hospitalidad á los extranjeros; así iban vendiendo poco á poco sus bienes para enriquecer á los pobres, á fin de volverse ellos mismos pobres por amor de Jesucristo, en quien habían puesto todo su tesoro.

No pudieron continuar largo tiempo estas buenas obras sin que el demonio hiciera esfuerzos para impedirselo. Al efecto suscitó al hermano de Piniano, llamado Severo como su padre, quien, considerando las caritativas distribuciones de su hermano según los perjuicios del mundo, y viendo que empezaba á vender los bienes y las tierras de su casa se apoderó de muchas de estas tierras como si le hubiesen pertenecido. Piniano y Melania lo sufrían con paciencia; pero la emperatriz, quien conocía el mérito de Melania, y le profesaba una estimación especial, le hizo decir que fuera á verla por aquello que había sabido sobre el proceder de Severo, en la intención de ampararla con la justicia. La Santa se le presentó con su marido, habiéndose vestido con su simplicidad ordinaria, cubierta con un velo, por más que esto fuera contra la costumbre de la Corte. La princesa al verla en este estado de modestia la tuvo aún en mayor consideración, y prometió castigar á Severo por las injusticias que les había hecho. Melania y Piniano se convirtieron en sus intercesores, y sólo le rogaron que impidiera que continuase sus violencias, puesto que todo cuanto tenían era ya propiedad de los pobres y de los extranjeros por el destino que de ello habían hecho. La emperatriz admiró y encomió su moderación, é hizo que el emperador, Honorio, les diera un amplio permiso para vender sus tierras sin que nadie se pudiera oponer á ello; y cuando se volvieron los hizo acompañar con extraordinarios honores, habiéndolos ya recibido con mucha distinción en la audiencia que les había dado.

El permiso del emperador les dió más libertad para vender sus tierras, y les facilitó tanto más los compradores,

cuanto que estando la venta autorizada por el príncipe, estaba más asegurada la adquisición. No solamente tenían tierras alrededor de Roma, más aún en lo restante de Italia, en las Galias, en España, en Inglaterra y en Africa, las cuales les producían cada año doce mil piezas de oro; suma entonces tan considerable, que sólo el emperador podía tenerla mayor.

Santa Melania al principio vendió las tierras que poseía en las Galias, en España y en Inglaterra, y se reservó las de la Campania, de la Sicilia y del Africa, que guardó hasta que la muerte de su padre la dejó libre para pasar al Oriente como deseaban. Hasta entonces habían empleado los réditos de estas tierras en obras de caridad. El mismo uso hicieron del dinero de los fondos que habían vendido, y continuaron en hacer servir los réditos de las tierras que les quedaban para el subsidio de los pobres, para el sustento de los monasterios y para el culto del Señor, dando á los obispos los ricos ornamentos y los vasos preciosos que tenían para adornar las iglesias. También se dice que habiendo obtenido del emperador unas islas todas enteras que él en parte les había vendido y en parte regalado, en las unas establecieron santos ermitaños, en las otras construyeron monasterios para religiosos y religiosas.

La Santa también confió grandes sumas de oro y plata á un monje de Dalmacia llamado Pablo, que era sacerdote, y lo envió por mar á Oriente, donde ella hizo distribuir diez mil escudos en el Egipto y en la Tebaida, otros tantos entre las iglesias del archipiélago y los que estaban allí relegados, y la misma cantidad entre Antioquía y sus alrededores; quince mil en la Palestina; y ella misma distribuyó cuatro veces más entre las iglesias, los monasterios y los hospitales de Occidente. Dió la libertad á todos sus esclavos que quisieron recibirla, pero la mayor parte prefirieron pasar al servicio de su hermano Publicola, y ella se



los dejó. Su casa fué como un monasterio, en la cual sus siervos convirtiéndose en compañeros de sus ejercicios de piedad, ella quiso tener también su día para prestarles toda suerte de servicios.

Piniano y Melania vivían así en las obras de piedad y de caridad, y Dios los fortificaba y consolaba de una manera que á veces parecía milagrosa: También tenía necesidad del auxilio de lo alto; pues el demonio, quien antes los había perseguido con la injusticia de Severo, no se descuidó de atacarlos con tentaciones interiores. Así todos los justos pasan por diferentes tribulaciones para llegar á la santidad; y como la corona que les está prometida es el fruto de sus victorias, ella supone, según la expresión del Apóstol, que han combatido un buen combate.

Aparte de las instrucciones que recibían de Melania su abuela, y de las personas piadosas que estaban en Roma, algunas veces iban á Nolas en la Campania para visitar á san Paulino su pariente, y recibir sus consejos; y este les había dado el ejemplo de comprar el tesoro de la pobreza evangélica con el precio de los mayores bienes de este mundo, pues él mismo había abandonado inmensas posesiones por el amor de Jesucristo.

Paladio, obispo de Helenópolis en Bitinia, quien fué á Roma por el asunto de san Juan Crisóstomo en el año 404 ó 405, donde permaneció hasta el principio de 406, tuvo la dicha de conocerlos, quienes lo recibieron con mucha distinción y afecto. « Cuando fuimos á Roma, dice, nos recibieron con toda suerte de honor, y nos prepararon la mejor mesa del mundo, haciéndose así dignos por su hospitalidad y por sus santas maneras de vivir, de participar de la eterna vida de Nuestro Señor Jesucristo. » Parece que obraron del mismo modo para con todos los que fueron á Roma en gran número por la causa de san Juan Crisóstomo.

Mientras tanto el deseo de retirarse enteramente del tumulto del mundo jamás los abandonaba; pero aguardaban que la Providencia les procurase medios para ello; pues Publicola, padre de Melania, no se lo quería permitir. Publicola tenía mucha religión, y san Paulino, quien hace de él grandes elogios, atribuye á su piedad las bendiciones espirituales que Dios derramó sobre su familia; pero no había aún llegado á la perfección de su hija, y no podía determinarse á consentir que ella lo dejara. Su muerte, que acaeció en el año 407, cuando Melania la Abuela estaba en Africa, rompió el lazo que detenía á nuestra Santa y á su marido en Roma. Luégo después salieron de esta, y se retiraron en las tierras que poseían en los alrededores para vivir allí en la soledad, desde donde iban con frecuencia á la Campania para aprovecharse de las instrucciones de san Paulino. Albina, viuda de Publicola, los siguió en este retiro; vivía con su hija Melania, teniendo en su compañía muchas vírgenes y algunas siervas, practicando los mismos ejercicios de piedad y distribuyendo de común acuerdo grandes limosnas. Piniano, por su parte, vivía con treinta solitarios, ocupándose en la jardinería y cultivando su alma con la lectura de las divinas Escrituras y con las conferencias de piedad.

Sólo les faltaba vender los bienes que tenían en Italia, y pasar enseguida al Oriente; pero entre las muchas posesiones que allí tenían había una tan agradable, que fué un gran motivo de tentación para Melania; sin embargo, de esta como de las otras hizo su sacrificio á Dios. Piniano también puso en venta el palacio que tenía en Roma; pero era tan hermoso y magnífico, que nadie pudo dar de él lo que valía. Con el tiempo se compró después que los Godos hubieron metido fuego en él, cuando tomaron á Roma en 410, lo que disminuyó su precio.

El prefecto de Roma, que se cree haber sido un pagano



llamado Pompeyo, había querido apoderarse de este palacio y de algunos otros bienes que Piniano había dejado ; pero Dios castigó su avaricia, pues en una hambre el pueblo se sublevó y lo despedazó.

El asedio que Alarico puso á Roma en 408, 409 y 410 demostró cuan prudente había sido el consejo que Piniano y Melania habían recibido de su abuela ; los Godos se habrían llevado sus tesoros, pero ellos los habían ya depositado en el cielo con las piadosas distribuciones que de ellos habían hecho. Igualmente habían salvado su vida con su retiro ; así es que este retiro concurrió á salvar su cuerpo y su alma. Como los bárbaros se esparcieran en lo restante de Italia, Piniano pasó á Sicilia con su santa compañía ; pero no solamente fueron para evitar el furor de los Godos, fueron también para vender los bienes que allí tenían. Mientras tanto Melania la Abuela partió para Jerusalén, donde murió á los cuarenta días de haber llegado, como lo hemos dicho en su vida ; y después que Piniano hubo terminado los quehaceres que tenía en Sicilia, con los suyos se hizo á la mar para el Africa. En la travesía una tempestad los sacó de su ruta arrojándolos á una isla que se cree ser la de Malta. Unos bárbaros acababan de saquearla y amenazaban con la muerte á cuantos habían cogido, y con meter fuego por todas partes, sino les daban una cierta suma de dinero. La caridad de Piniano y de Melania suplió la impotencia en que se hallaban estos infortunados insulares para reunirla. Habiéndoles el obispo hecho conocer la extremidad á que estaban reducidos, les dieron mucho más de lo que los bárbaros pedían, y libraron la isla.

Aprovecharon el tiempo favorable para pasar á Cártago, á donde llegaron felizmente, y desde allí se trasladaron á Tagasto en Numidia, de donde san Alipio, amigo de san Agustin, era obispo. Fué para ellos un gran motivo de consuelo el participar de los coloquios y de los avisos de este gran

hombre, cuya elocuencia toda santa era tan propia para nutrir en su alma el amor á la perfección. Él por su parte cumplía para con ellos todos los deberes de veneracion y de celo que exigían su distinguida condición y su eminente virtud ; y ellos por la suya enriquecieron su iglesia con muchos fondos de tierras y con diversos ornamentos cargados de oro y de piedras preciosas ; así decoraron el templo material dedicado al Señor, y consolaron á los afligidos miembros de Jesucristo, dando á la iglesia fondos la ponían en estado de socorrerles en su miseria. También construyeron dos monasterios que dotaron, de los cuales uno era de ochenta religiosos y el otro de ciento treinta vírgenes.

Su intención al ir á Tagasto era visitar á san Agustin. Este Santo hubiera deseado con todo su corazón ir allí á verlos ; pero, aunque Hipona no estuviese lejos, los quehaceres de su iglesia no se lo permitieron, y se vió obligado á mandarles sus excusas por una carta en la cual les dice que si es una falta el no irlos á ver, su misma falta es el mayor castigo que se le puede hacer sufrir. Añade que si no tiene la dicha de verlos en Hipona, espera estar dentro de poco tiempo bastante libre para irlos á encontrar en cualquier lugar del Africa en que puedan hallarse.

Esta carta determinó á Piniano, quien deseaba en gran manera ver á san Agustin, á hacer el viaje de Hipona. Melania lo hizo con él, y Albina su madre se quedó en Tagasto. Hizo al Santo grandes donativos para ser distribuidos entre los eclesiásticos, los monjes y los pobres ; y todo se resintió de sus liberalidades. Sin embargo la satisfacción que experimentaba en hallarse con san Agustin y san Alipio, pues este último lo había acompañado en su viaje, fué turbada por un accidente que puso á estos dos santos obispos en un gran compromiso, y los afligió muchísimo. Piniano parecía haberlo presentado, pues haciéndole temer su humildad que el pueblo le hiciera la misma violencia que



había hecho á san Agustín para obligarle á que se dejara ordenar de presbítero, sacó de este Santo la promesa de que jamás le ordenaría á pesar suyo ; y además el Santo le prometió que nunca lo exhortaría á aceptar este carácter sagrado. No hubo otro testigo de esta promesa que san Alipio ; pero la palabra de san Agustín bastó á Piniano para dejarlo seguro sobre el particular.

Mientras estaba en esta confianza, estando un día tranquilo con san Alipio y santa Melania en la asamblea de la iglesia, aún los catecúmenos no habían salido de ella, cuando todo el pueblo pidió á grandes voces que Piniano fuese hecho presbítero de su iglesia. San Agustín descendió al momento de su silla y se fué á hacer presente al pueblo la promesa que había hecho á Piniano, y que si lo querían obligar á ordenarlo á pesar de la palabra que le había dado, antes abandonaría el episcopado. Esta declaración contuvo al pueblo algún tiempo ; pero bien pronto renovó sus instancias con más ardor que nunca, diciendo al Santo que si se obstinaba en su negativa, lo harían ordenar por otro obispo, y añadiendo muchas cosas injuriosas contra san Alipio, como si él hubiese querido retener á Piniano en su compañía para aprovecharse de sus liberalidades ; lo que afligió doblemente á san Agustín.

Piniano y Melania no lo estaban menos que él, y este estaba muy inquieto no viendo día alguno para salir de este compromiso ; pero no teniendo parte alguna en estos gritos del pueblo los eclesiásticos y los monjes, Piniano envió un monje á san Agustín para decirle que quería declarar con juramento al pueblo que si le ordenaba apesar suyo, saldría del Africa. El Santo temió que este juramento agriase al pueblo en lugar de apaciguarlo, y fué á unirse con Piniano, quien se lo había pedido. En el camino fué otro monje á decirle de su parte que permanecería en Hipona con tal que no le engolfasen en la clericatura.

San Agustín mandó silencio sobre esto, y declaró la promesa de Piniano ; pero como el objeto del pueblo era tenerlo por sacerdote, pidió que Piniano añadiese á esta promesa, que si jamás se hallaba en disposición de aceptar la clericatura, esto sólo sería en la iglesia de Hipona, y exigió que se comprometiese á ello por juramento. Piniano consintió, á condición que tendría libertad de salir de Hipona en caso de necesidad, como si llegaba alguna invasión de enemigos. Pero el pueblo desconfiando temió que esta excepción no fuese un pretexto para engañarle, y quiso que se sacase. Por fin Piniano se sujetó á ello y firmó su promesa sin restricción, y los obispos presentes firmaron también, como el pueblo lo pedía ; después de lo cual la alegría y la tranquilidad renacieron y el pueblo exclamó : *Bendito sea Dios.*

Albina, que había permanecido en Tagasto, á donde Piniano había vuelto para algunos días, al día siguiente de su juramento, se incomodó muchísimo por aquello que había sucedido. Escribió á san Agustín una carta llena de quejas y de ofensas, sobre todo contra los habitantes de Hipona, diciendo que no tanto habían querido tener un sacerdote en la persona de Piniano, como un hombre rico que distribuía grandes sumas de dinero, y quien menospreciaba bastante las riquezas porque se gozaba en distribuir las á los otros. También se quejaba al santo obispo de que él no hubiese impedido á Piniano que se enredara en esta promesa, á la cual daba los nombres odiosos de destierro, de expulsión y relegación. Albina no escribió con tanta fuerza, sino porque le habían relatado las cosas diferentemente de lo que habían sucedido ; y san Agustín le hizo de ellas una relación más verdadera, y le hizo ver que el pueblo sólo había querido á Piniano por sacerdote para el bien espiritual de la Iglesia y por el amor de su extraordinaria virtud.